

# Crónica Sobre el Derrumbe del Viejo Teatro "Alhambra", Escrita Por Gustavo Robreño, Conocido Actor y Periodista

Temporada teatral de 45 años.—Cuba y todos sus regímenes al través de "Alhambra".—Un Archivo de 4,000 obras.—El teatro ajeno al vestibulo.—Calibán

## UN RELOJ QUE SEÑALA EL MOMENTO EXACTO DEL DERRUMBE.—LA DAMA MISTERIOSA

De vuelta del Cementerio, donde acabamos de dejar los cuerpos destruidos de un empleado del teatro "Alhambra" y otro del teatro Payret, muertos en el derrumbe del primero, el director de "El Crisol", me encomienda el aporte de algunos datos históricos acerca de ese teatrillo, unido a mi existencia por más de cuarenta años, y de cuyas bambalinas penden, como festones mezclados de alegrías, y de penas, mil recuerdos de juventud y madurez, relacionados con seres queridos que ya no existen y con tiempos que, si no mejores, eran, al menos, más ricos en ilusiones, en bellos ideales.

Y en verdad que no me desagradó el encargo de hacer esta especie de necrología del teatro Alhambra, con pleno derecho al título de histórico y de institución cubana, ya que en aquel escenario, durante cuarenta y cinco años ininterrumpido (la temporada teatral más larga que se conoce en el mundo) más de dos generaciones acaso de tres, han visto desfilar a diario, tipos y cosas peculiares de cada época, siendo así que recorriendo el archivo de ese teatro, puede reproducirse, exactamente, una gran parte de la historia de Cuba, así en la era colonial como en la que comprende las dos intervenciones y la República, más o menos eclipsada, intervenida, restaurada, próspera, tiranizada y chocada.

Todo eso puede hallarse en el archivo alhambresco, integrado por más de 4,000 obras modestas, sin pretensiones, epigramáticas, más recogidas que literarias, frívolas y sencillas (como las que constituyen el inicio de todos los teatros) pero que no por ello dejaban de presentarse, para regocijo del público, personajes de su tiempo y las diversas situaciones políticas y sociales correspondientes a ese medio siglo, o poco menos, que ha durado la temporada.

Espectáculo gustado con deleite en cualquier época por el elemento masculino de toda la Habana (y el de provincias, que al venir a la capital, ponía la tanda alhambresca como el primer número de su programa habitual).

¿Quién no recuerda, en efecto, las veces que, siendo niño e impedido, por tanto, de entrar en un teatro, los hombres solos, ha pedido prestados unos pantalones largos o los ha hurtado a su padre o a un hermano para entrar disfrazado de señor, a ver bailar la rumba?

Es éste un recuerdo amable de muchachez que, indefectiblemente, perdura en muchas cabezas, hoy calvas o grises, conjuntamente con el del teatro cuyo derrumbe todos deploran.

Ahora bien: conviene aclarar que el derrumbe fué parcial, pues el teatro en sí, lo que constituye el cuerpo del edificio, construido y reconstruido por Regino y por Villoch, no ha padecido lo más mínimo.

La catástrofe ocurrió en la parte central del vestibulo, de construcción anterior al primer teatro Alhambra (inaugurado en 1890) y aún a la de su antecesor el «Skating Ring», sustituto de un gimnasio, como éste lo fué, a su vez de una botega establecida en esa esquina de Consulado y Virtudes, por el célebre Pancho Marty, más tarde constructor del teatro Tacón y empresario teatral, a más de pescadero.

El techo de ese vestibulo, hecho de teja española hace más de 60 años, sobre vigas que ya el tiempo y el agua habían roído, fué el que se desmoronó cayendo a plomo sobre los que allí se hallaban, sin darles tiempo a huir, hiriendo a once personas y repulmando en sus escombros a los inelucibles Gerardo Avila y Agripino Roque, cuyas familias quedan en la más pobre y triste orfandad.

Pero el teatro quedó intacto. Tal parece que el Destino, como el monstruo Calibán creado por Shakespeare, inconsciente y brutal,

11  
inició el siniestro y solo se contuvo cuando un poder superior así lo quiso y le obligó a respetar el teatro Alhambra, con su archivo y sus enseres que es reliquia y es conjunto de esfuerzos y sacrificios y enseñanzas y es cimiento de un mejor teatro cubano.

De esta suerte puede verse el montón informe de escombros limitado ante la puerta que da acceso al teatro, resguardado por su inmovible y fuerte reja de hierro, sobre la cual un reloj eléctrico señala la hora y minutos en que se produjo el hecho catastrófico (12 y 27 de la noche) que es cuando se rompieron los alambres que lo movían y los mismos que al tirar de la gran bomba luminica que alumbraba el pórtico, hicieron que ésta se rompiera con gran estruendo, dando así la momentánea impresión de que el teatro se había hundido a causa de un poderoso explosivo colocado allí por alguno de nuestros regeneradores.

Otra feliz coincidencia o, si se quiere desdén de algún hada protectora, hizo que las víctimas no se centullicaran ampliando espantosamente la hecatombe: las funciones de la Alhambra venían terminándose a la una menos cuarto porque, como «fin de fiesta» cerraba el espectáculo una artista anónima que bajo el título de La Dama Misteriosa presentaba un sketch más o menos incitante.

Pero ocurrió que al cesar en sus contratos, la noche anterior, la empresa que venía actuando y constituirse en cooperativa, los artistas de La Dama Misteriosa se negó a trabajar en tal forma exigiendo un tanto fijo; y al suprimir forzosa mente su número del programa, la función terminó media hora antes de lo acostumbrado.

Ello evitó que la catástrofe se produjera precisamente a la salida de público, con el posible balance necrológico de dos o trescientas víctimas.

La Dama Misteriosa actuó, por tanto, de Angel Tutelar, aunque no en modo absoluto, ya que no pudo evitar la muerte de esos dos buenos amigos y compañeros cuya desaparición lamentan cuantos laboraron en ese teatro que hoy aparece erguido y separado totalmente del vestibulo como cercenado, de un solo tajo, por el hacha de un titán.

Acaso reanude pronto sus labores el histórico salón, cuya solidez está garantizada por los arquitectos municipales, antes y después del siniestro, pero aunque así no lo hiciera y permaneciese clausurado, nadie podrá negarle a la Alhambra su brillante historia; su aporte inicial a teatro vernáculo y la creación de un género especial, que vio nacer y fomentó Regino, el viejo actor, cuyo nombre en grandes letras luminicas permanece orgulloso en la fachada onhiesta e inmovible, no obstante la enorme secudida.

El Crisol  
Feb. 23/35